

A woman is shown from the waist down, wearing a light pink dress and a white cardigan. She is holding a stack of three old, worn books with both hands in front of her. The background is a soft, out-of-focus green, suggesting an outdoor setting. The overall mood is calm and intellectual.

EL CIELO EN LA TIERRA

UNA VIDA APASIONANTE
A TRAVÉS DE LA HISTORIA

NEREA DE CARRERAS

Hija de un destacado diplomático e intelectual, Julia —a quien todos llaman Julieta— ha crecido en París, Ginebra y Nueva York. Cuando llega a Madrid durante la Segunda República y conoce a mujeres como Victoria Kent o Zenobia Camprubí, comienza a pensar de otra forma en su futuro. También se enamora perdidamente de Miguel Ángel, alumno de la Residencia de Estudiantes y comunista convencido. El estallido de la Guerra Civil obligará a Julieta a huir precipitadamente con su familia al extranjero, sin poder despedirse de su primer amor. Traductora de la BBC durante la Segunda Guerra Mundial, profesora universitaria en Oxford... La protagonista irá viviendo distintas experiencias mientras intenta averiguar qué ha ocurrido con Miguel Ángel. ¿Ha fallecido en el frente? ¿Dónde está enterrado? A través de su trabajo como historiadora, descubrirá la fascinante historia de Catalina la Grande: exiliada igual que ella, obligada a luchar también en un mundo de hombres y movida siempre por la pasión. Se establecerá así un paralelismo entre estas dos mujeres que, a pesar de todas las dificultades, no dejan jamás de buscar su «cielo en la tierra».

*A mi madre.
Áurea Martínez de Luco Lizarraga*

PRIMERA PARTE

1919-1936

Casi nada importante tiene una fecha precisa.

JULIÁN MARÍAS,
Una vida presente: Memorias 2

1

El país que conocí, aquel que siempre he amado y al que he querido volver, no es el que luego fue sino el que un día soñó que podía ser.

La tierra que tal vez sea.

Cuando llegué siendo apenas una niña supe al instante que ya no podría interesarme el cielo sin antes conquistar esa tierra. Porque allí descubrí que amor es sinónimo de alma. Y entendí que si esta huye al cielo solo para buscar un lugar donde reposar, la mía no pararía hasta encontrar su cielo en la tierra.

Desde entonces he amado todo lo que he hecho en la vida. Y, pese a que ese amor no siempre ha sido correspondido, ahora puedo decir que todo ha valido la pena.

Esta carta que ahora me entregan es la prueba escrita que lo certifica.

Las manos me tiemblan mientras la sujeto. No es extraño, si acaso molesto: mis noventa y cuatro años tratan constantemente de llamar la atención; y, a pesar de que esa circunstancia me irrita profundamente, yo hago caso omiso, ignorando con tozudez su indiscreción. Así que agarro con fuerza el pequeño sobre y trato de contener con pudor ese vaivén respirando profundamente, mientras busco la calma entre las notas de Chopin que componen la melodía de mi vida.

El día, como de costumbre, es gris. Una fina e incansable lluvia oscurece la mañana. Lo peor no es soportar a diario la pesada llovizna: tras tantos años viviendo en Inglaterra, apenas reparo ya en su presencia. Lo que verdaderamente me molesta es la incomprensible insistencia de mis vecinos por perder el tiempo hablando de ella, como si con

eso fuesen a cambiar algo; siempre mirando al cielo en lugar de a la tierra.

Enciendo la lámpara de la mesilla y agarro casi a tientas la pesada lupa que reposa en mi cuello atada a un cordel, un aterciopelado pero firme cordel que sujeta con fuerza esa extensión de mis ojos que han abandonado hace años la batalla contra la oscuridad. Toda mi vida en este momento pende de una fina cuerda de la que yo no estoy dispuesta a soltarme hasta que no quede más remedio, hasta que todo lo demás esté hilvanado. Un momento, no obstante, que empieza a anunciarse a través de esta misiva.

Ceremoniosa y sin prisa leo en voz alta los detalles del remitente, con voz profunda y solemne, como un sacerdote oficiando misa. Mientras lo hago, siento el desconcierto de mi muerte. Ella, que tan cercana y paciente ha esperado su momento en los últimos años, constata en este preciso momento que mi descanso eterno escapa a su control bajo su impotente mirada.

Esta esperada carta que al fin sujeto en mis manos contiene las coordenadas de mi panteón, una prístina tumba sin cuerpo. Un pedazo de tierra donde mi alma podrá al fin reposar.

Al descifrar a través de mis ojos postizos las palabras escritas en mi lengua paterna no puedo contener una profunda pero cansada emoción. Como quien tras una larga enfermedad asiste exhausto, aunque atraído por la promesa de descanso, a su funeral. Mi corazón, cada día más lento, se acelera y empieza a temblar al mismo compás que mis manos. Con mi arrugado dedo índice, cuya visión me contraría pero no puedo evitar, acaricio el código postal. A continuación, como hacía de pequeña en la escuela para aprender a leer, resigo delicadamente el trazo de cada uno de los caracteres que forman ese querido topónimo con el que concluye el remite: España.

Seis letras que al pronunciarlas arrojan a mi memoria de forma tan nítida como inesperada a Miguel Ángel. Siento

como mi alma se estremece amando de nuevo con solo pronunciar su nombre, y mi débil cuerpo renace recordando las huellas que él dejó grabadas para siempre.

Con catorce años emprendí con mi familia un viaje que llevábamos años preparando hacia un lugar del que ya nunca más he querido volver, un destino lleno de luz en los albores de un tiempo sin guerra que se interrumpió; un refugio que me ha dado cobijo toda la vida. Años después conocí la historia de Catalina la Grande y comprendí que hay viajes que cambian el futuro para siempre. Ella, al igual que yo, partió hacia su destino siendo una niña. Ambas nos hicimos mujeres en un nuevo hogar.

—Lady Julia, ¿se encuentra usted bien? ¿Quiere que avise al doctor? —La voz de Margaret se entremezcla en mis pensamientos, arrancándome de esa dulce ensoñación.

La miro aturdida sin comprender dónde y en qué año estoy. Con ojos borrachos de pasado.

Cuando al fin consigo verla a través de mi lupa, me doy cuenta por primera vez de lo mucho que ha envejecido. A pesar de su edad, sigue moviéndose con pasos pequeños y ágiles por toda la casa de forma tan sigilosa que parece levitar; como una mariquita, siempre entre el salto y el vuelo. Ha entrado sin previo aviso en el salón y asustada al ver mis ojos llenos de lágrimas le lanza una mirada iracunda a esa joven que me ha traído la carta. Se acerca hasta mi sillón y me pregunta de nuevo con voz dulce:

—Lady Julia, ¿le ocurre algo? ¿Se siente mal?

—Margaret, querida, ¿cuántas veces tengo que pedirle que me llame usted Julieta? Llevo toda la vida diciéndoselo, por el amor de Dios.

—Pero ¿se encuentra bien?

—Tranquila, Margaret, me encuentro perfectamente. Esta carta es mi reposo. La que parece cansada es usted. No irá a morirse justamente hoy que tenemos visita, ¿no?

Observo divertida cómo Margaret expresa airadamente, y con una estudiada técnica teatral que ha depurado duran-

te años, el enfado que mis palabras le han provocado.

Con un gesto dramático se da media vuelta bruscamente y sale del salón entre juramentos para volver a entrar al cabo de pocos minutos con un té en las manos que deja estruendosamente sobre mi mesilla mientras sigue mascullando improperios sin parar.

Cuando sale de nuevo del salón aprovecho para dirigirme a la joven que permanece sentada a mi lado observando la escena en silencio:

—Es una vieja gruñona, pero es la única familia que me queda en esta casa. No se incomode usted y disfrute con nuestra función. Nos gusta vivir cada día como si estrenásemos obra en el Pavilion, divirtiéndonos con el drama y conscientes de la importancia de seguir en escena.

—¿Hace mucho que vive con usted?

—Muchísimo. Se podría decir que toda la vida. Como ya hiciese su madre con mi abuelo, Margaret acompañó a mi madre en todos sus viajes para encargarse de la casa desde que era apenas una niña. Su misión era servir a la familia. Pero, unos meses después del fallecimiento de mi madre, mi padre se casó con su secretaria y Margaret se negó a vivir con ellos. A pesar de que los apreciaba mucho, decía que ella debía servir a los McLuck, tal como la habían instruido desde que nació, y en esa casa no quedaba nadie con ese apellido. Así que mi hermana y yo decidimos que lo mejor sería proponerle que se mudase a mi casa, pues mi hermana vivía en Roma. De eso hace ya cuarenta y tres años.

—Pero, entonces, ¿Margaret es mayor que usted? ¿Y puede encargarse de la casa?

—Sí, ella se ocupa de todo; aunque lo que exige más fuerza lo hace una asistenta que viene todos los días unas horas, pero siempre trabaja bajo la atenta supervisión de Margaret. Yo ya le digo que descanse y se despreocupe, pero ella dice que eso no es vivir, que para eso ya habrá tiempo. Y es que, apreciada señorita, la edad no decide.

Solo lo hace la enfermedad. Nuestros cuerpos están un poco arrugados pero nos movemos bien por esta casa, y nuestra cabeza, como puede observar, funciona mejor que la de muchos jóvenes que se agitan sin rumbo ruidosamente.

—Disculpe, no quería ofender...

—No es usted quien me ofende. Pero hoy estoy un poco más irritable de lo normal con eso de la edad porque los inútiles de tráfico me acaban de retirar el carnet de conducir, ¿se lo puede creer? ¿Será por lo de la vista? ¡Pero si con mi lupa me apaño perfectamente! Ya les gustaría a esos imberbes ver el mundo tan claro como yo lo veo. Pero usted me ha alegrado el día, querida, y no puedo sentir hacia usted otra cosa que no sea afecto. Ha cogido un avión para traerme esta preciada carta en persona y le estoy inmensamente agradecida. Aunque la verdad es que ahora mismo me encuentro un poco cansada... ¿le importaría dejarme unas horas a solas para descansar?

—Por supuesto, lady Julieta, faltaría más. Debo decirle que me alegra muchísimo saber la ilusión que le ha hecho. Sentía que era importante entregársela cuanto antes y no se me ocurrió un medio más seguro que encargarme yo directamente.

—Gracias, querida. Si le parece, podemos cenar juntas hoy. Venga a eso de las seis y media. Le prepararemos una deliciosa tortilla de patatas que acompañaremos con un Rioja gran reserva que guardo en mi bodega para ocasiones especiales.

Cuando Susana sale por la puerta llamo a Margaret, que entra en la sala diciendo:

—Lady Julia, ¿seguro que se encuentra bien?

—Sí, querida, solo estoy un poco cansada.

Margaret siempre ha sido delgada, pero ahora su cuerpo parece luchar violentamente por desaparecer. Ha perdido estatura y su cuerpo se ha encorvado hacia la tierra señalando su destino. Su pelo, antes vigoroso y de un rojo

fuego chisporroteante, ha ido abandonando su lugar, y el que permanece ha perdido todo su color hasta quedar blanco como la nieve, sabiendo que su escasez ya no oculta el cráneo sobre el que reposará por poco tiempo. Aquellos penetrantes ojos negros han empequeñecido al ceder a la invasión de unas grandes bolsas que parecen engullirlos sin piedad cada día un poco más. Ese intenso y salvaje rostro de antaño se ha desdibujado, quedando preso en una cárcel de arrugas, convirtiéndose en un rostro suave y entrañable pero totalmente ajeno, desconocido para ambas. Con todo, Margaret sigue siendo una persona fuerte y vivaracha que, con un permanente aire de crudeza, transmite la gravedad de quien conoce su responsabilidad, como si en cada momento la niña que fue se quejase de la adulta que ha tenido que ser. Una persona que no ha dejado de trabajar ni un segundo en toda su vida con absoluta dedicación. Desprendiendo siempre, en lugar de acritud, una plácida amargura al ser consciente y estar segura de que nunca ha tenido otra opción. Toda una vida dedicada a ser la más feroz y fiel protectora de mi familia, dejando claro en todo momento discretamente que ella es totalmente imprescindible para que todo funcione correctamente, dando sentido a esa misión que nunca eligió pero que debe cumplir a la perfección por ser la que se le ha encargado que sea.

—Margaret... —Durante unos instantes medito en silencio las palabras exactas de esa cuestión que me ronda la cabeza—. Margaret... ¿ha sido usted feliz?

—¿Qué? ¿Feliz? Pero qué cosas tiene... ¿No iba a reposar un poco, lady Julia?

—Sí Margaret, querida, ahora descansaré, pero dígame: ¿ha sido usted feliz?, ¿ha hecho con su vida lo que quería hacer?

—Eeeh... Bueno, no sé... He hecho lo que he podido hacer..., tampoco lo he pensado mucho..., he estado muy ocupada. ¿Cómo iba a pensarlo si no he tenido tiempo?

—¿Tiempo? ¡Pero si tiene noventa y siete años, por el amor de Dios! ¡No diga que no ha tenido tiempo de pensar!

—Sí, bueno... ¿Noventa y siete ya? Qué barbaridad... Pues han pasado volando... ¿No cree, lady Julia, que han pasado muy rápido? Venga, no me mire con esa cara, mujer... Ya veo que no me dejará en paz si no contesto, ¿verdad?

—No, no la dejaré en paz hasta que responda a mi pregunta.

—Hay que ver qué testaruda es usted... En fin... Pues le voy a decir una cosa: no creo que se trate de hacer lo que uno quiere sino de amar lo que se hace. ¿Feliz? No sé. ¿Infeliz? De ninguna manera. Ha sido como ha sido. Y puedo decir que he amado mi vida; ¿cómo no iba a hacerlo si es la única que tengo? Así que no he querido desperdiciar el escurridizo tiempo que se me ha dado, y me he esforzado por amar lo que hago; lo que soy.

»Desde hace más de cuarenta años oigo a esas amigas tuyas llorar día sí y día también porque se sienten desgraciadas; y culpan a sus maridos por su infelicidad. Seguirán así mientras no se den cuenta de que son ellas las que deben amarse a sí mismas y lo que hagan. Sin eso no hay nada más. Porque el amor es un estado que requiere muchísima predisposición.

—Mmmmmm, es posible querida, es posible... Aunque se me calienta el alma simplemente al recordar lo que es amar y ser amada. No hay mejor manera de querer la vida que estar amando...

—Eso es cierto. Sí... eso es bien cierto.

—Margaret, querida, ahora sí que quizá necesito descansar un poco en el sillón. Será mejor que nadie me moleste hasta el momento de preparar la cena.

—¿No había quedado hoy con ese alumno al que está ayudando con su libro de Catalina la Grande?

—¿Alumno? ¡No, por Dios! A mi edad ya no... Querida, mis exalumnos son profesores jubilados... Pero tiene usted razón, Margaret, he quedado con Robert dentro de diez minutos. Bueno, dígame que no puedo atenderle y que, si es tan amable, me disculpe y venga mañana. Después de todo, no tener que dar más explicaciones es lo único que resulta útil del incómodo y enojoso hecho de tener noventa y cuatro años.

—¿No le doy alguna razón para justificar este cambio de agenda?

—No será necesario, tranquila. ¿No ve que enseguida todos piensan que debo de estar muriéndome y nadie pide justificantes de decrepitud? Todavía sigue siendo de mala educación. En realidad, Margaret, hoy preferiría que nadie me molestara bajo ninguna circunstancia durante algunas horas. Voy a reunirme con mis recuerdos, añorados fantasmas, y necesito estar tranquila con ellos. Si le soy sincera, no me importaría nada morir en su compañía, de nuevo a su lado.

—Sí, la entiendo... La verdad es que yo también echo en falta a los míos. Descanse tranquila, yo me encargaré de que nadie la moleste.

A Margaret, el gesto rutinario de retirarnos por fin a descansar la tranquiliza y olvida el sobresalto de la escena anterior. Cada día ella sube a su cuarto mientras yo hago una pequeña siesta en el salón para aclarar mi mente. Últimamente nos despedimos con un poco más de solemnidad de lo habitual, conscientes de que si el sueño se prolonga no será siesta sino muerte. Pero normalmente ese momento de descanso diario no suele durar más de veinte o treinta minutos. Es un hábito que me enseñó mi padre para poder alargar las jornadas de trabajo en plenas capacidades durante doce o catorce horas al día...

El origen de esos descansos tuvo lugar en Oxford. Nada más instalamos allí, mi padre compró dos enormes sillones orejeros tapizados a mano con un cuidado excepcional en un cuero tan suave como la seda. Esos sillones nos acompañaron durante los años siguientes en todos nuestros viajes, y su presencia proporcionaba familiaridad a esa sucesión de hogares por habitar. Pasaron a convertirse en unos de los pocos objetos permanentes en nuestra errática vida, el ancla sobre la que asegurábamos nuestra nave siempre lista para partir. Y de ancla en ancla recorríamos el mundo. Una tarde, no recuerdo qué edad tenía yo, mi padre me pidió que le acompañase al salón tras la comida:

—Julieta, ayúdame con *El Quijote*. Lee conmigo a ver qué entiendes. Me ayudará mucho saber tu opinión para mi libro.

Al acabar la lectura y comentar lo leído, me dijo:

—Ahora, Julieta, cerremos un poco los ojos para que nuestra mente pueda comprender bien el trabajo realizado y recuperar la claridad para continuar por la tarde.

Yo no sabía muy bien a qué se refería, pero obedecí. Cerré los ojos con fuerza y traté de evitar que se me abriesen esos párpados que temblaban oponiéndose a mi decisión con resistencia. Pero durante los primeros días no conseguía nada por mucho que me concentrara. Lo único que lograba era acabar más agotada que al principio.

Finalmente, una de esas tardes, mi cuerpo, desobediéndome por completo, se olvidó de luchar, y ese abandono me sumergió en un profundo sueño liberador. Fue apenas media hora pero pude comprobar cómo cada una de mis extremidades tomaba conciencia de su existencia y se iba desconectando una a una de mi mente para dormirse poco a poco hasta que esta, liberada de sus agotadoras conexiones nerviosas siempre en ebullición, se permitía abandonarse a la inconsciencia y desaparecer. Tras ese descanso, el despertar era como un renacimiento conjunto en el que podía sentir una energía totalmente renovada. Me di

cuenta entonces de que mi cuerpo finalmente había aprendido a practicar la importante ciencia del reposo. Comprobé sorprendida cómo la lectura de un mismo texto antes y después de aquel momento parecía ser hecha por dos personas totalmente distintas, añadiendo una perspectiva al trabajo hasta entonces nueva para mí.

Y así empecé con mi padre un hábito que seguí practicando incluso cuando él estaba de viaje. Cuando eso ocurría, mi hermana Helena y yo deseábamos ocupar el sillón que mi padre dejaba huérfano. Las dos nos peleábamos por acariciar el recuerdo que su cuerpo ausente había dejado grabado en el suave cuero. Creo que solo lo hacíamos porque le echábamos de menos.

Un día, en el ardor de una de esas habituales peleas que a pesar de sucederse prácticamente a diario siempre se iniciaban inopinadamente para nosotras, la huella de nuestro conflicto quedó marcada en el campo de batalla. Una de las dos —curiosamente nunca hemos llegado a saber cuál, pues la memoria a veces se emborrona para siempre— manchó de tinta el sillón-bastión con una de las plumas que nuestro padre nos había traído de uno de sus últimos viajes. Todo había sucedido tan rápido que no habíamos caído en la cuenta de desprendernos de las plumas para pelearnos sin riesgo.

Cuando días después él regresó y vio lo ocurrido nos dijo:

—Queridas, no me queda otra que llamaros a consulta. Tras la comida, os espero en el salón.

Una vez allí, mi padre nos preguntó frente al sillón acerca de lo ocurrido, tratando de averiguar la autoría de la mancha. A pesar del careo que mantuvimos, las posturas seguían siendo enfrentadas, así que nos dijo:

—Bueno, niñas, veo que no voy a poder concluir quién ha sido la responsable sin riesgo de cometer una injusticia. La tinta que permanecerá de ahora en adelante en el sillón os ayudará a recordar que la vida mancha y que el conflicto

embrutece. Por lo demás, lo hecho, hecho está, pero de ahora en adelante vamos a hacer una cosa: cada una tendrá un cartucho de tinta en su pluma de un color diferente. Helena, tu color será el rojo. Julieta, el tuyo será el verde. Cada una solo debe utilizar su pluma y así evitaremos confusiones en el futuro. El objetivo, no os equivoquéis, no es buscar culpables sino buscar aquello que siempre debemos perseguir: el conocimiento de la verdad.

Ese proceder sereno y ávido de hallar soluciones para el futuro sin levantar la voz era característico de mi padre. Imagino además que esa destreza se había desarrollado todavía más gracias a nosotras, pues durante muchos años mi hermana y yo practicamos a diario el hábito de buscarnos las cosquillas. Supongo que era normal ya que, entre la poca diferencia de edad que nos separaba, los matices distintos de carácter que empezábamos a forjar y la cantidad de horas que pasábamos a solas mientras conseguíamos pasar de la distancia de los viejos amigos al acercamiento a otros nuevos, aquel hábito era un sano ejercicio, necesario para mantenernos activas y animadas.

Tras aquello, la mancha siguió allí, y cada vez que mi padre se sentaba observábamos cómo una sonrisa socarrona se dibujaba en su rostro al ser abrazado por aquel recuerdo.

Años después me casé. Tras la ceremonia empecé a hacer las maletas para trasladarme con mi marido a Londres. Al acabar, mi padre me llamó al salón y me hizo el regalo más especial y duradero que he recibido en la vida: uno de los sillones. Él se quedó el de la mancha, pues, como me dijo, le recordaba demasiado a nosotras como para no recogerse en su abrazo a diario. Al entregarme el mío me dijo:

—Pequeña, abre la mente para cambiar y mejorar aquello que no funcione, así como para conservar todo lo que importa.